siera grabar su imagen en sus ojos, y sonriendo le dijo:

-Es usted, v sin embargo, no es usted.

-Eso es decir que la opinión que se había formado de mí no corresponde á sus recuerdos. Yo soy siempre el mismo, usted es la que ha cambiado.

—Sí, he cambiado mucho, mucho—murmuró —y es una gran fortuna. Usted se acordará de que en casa de mi padre me llamaban riendo la conquistadora. Tal vez, después de muchas conquistas inútiles ó enojosas, habré llegado á la conquista envidiable: la de un corazón sincero y abnegado.

Rosa le tendió la mano, hizo un movimiento como si fuese à arrojarse en sus brazos, pero ante su rostro grave se contuvo, y esbelta y ligera desapareció por el pasillo.

## VI

Folentin se disponía á ir á su despacho, cuando su mujer le pasó recado rogándole que pasase por su habitación. Este género de caprichos eran muy raros en Rosa, y para que se alterase el curso de la reglamentada vida conyugal pre-

cisaba que ocurriese algo importante. El banquero cruzó el saloncito, entró en el gabinete de su mujer, y la halló sentada ante su tocador con un telegrama en la mano. Ni siquiera le dió tiempo para que la saludara. Con el rostro alterado y los ojos brillantes, que atestiguaban violenta emoción, entregó el telegrama á Folentin diciéndole esta sola palabra:

-Lee.

Folentin le desdobló con impaciencia, y como era présvite y veía mal de cerca, leyó difícilmente: «Querida Rosa: te prevengo que Raynaud y Condottier se baten hoy á medio día. Nuestro padre está excitadísimo y con Evans es padrino de Valentín. Toma las medidas que creas convenientes. Te abraza, Mauricio.»

El banquero dobló maquinalmente el papel y lo dejó encima del tocador; con preocupación visible dió algunos pasos, y luego dijo:

-Raynaud se bate con Condottier... Pero, pero... Condottier y Raynaud ¿porqué?

-¿Vas á empezar como ayer á buscar las razones y las causas? Se baten, es un hecho. ¿Qué piensas hacer para impedirlo?

-¿Cómo lo puedo evitar?

—Dirigiéndote à casa de Condottier y haciendo que te explique el papel que sin saberlo desempeñas en este asunto.

—Querida, hablas de modo enigmático y tengo la desgracia de no comprenderte.

—La opinión se encargará de iluminarte, pero será demasiado tarde.

-Según tú, ¿qué papel desempeño?

-El de víctima.

-¿De quién?

-De Condottier.

-Con tu complicidad ...

—De ningún modo, y en eso precisamente consiste su superior habilidad. Se burla de ti, y de tal modo ha combinado las apariencias, que no podrás librarte del ridículo si dejas pasar el momento propicio.

—Veamos, sé algo más explícita. No me arrastres á desmentir mi conducta pasada y á que me conduzca bruscamente, como un burgués que provoca escenas domésticas. Ya sé á qué atenerme respecto á los sentimientos que te inspiro. Me los has expresado con una sinceridad que no me permite conservar ninguna ilusión. Solo te ruego que me hagas ver el interés que tengo en intervenir en los asuntos de Condottier y Raynaud, ya que quieres que me mezcle en ellos.

—Quiero que impidas que Condottier mate á ese honrado muchacho.

-No se mata à la gente con tanta facilidad.

—Te digo que ese encuentro acarreará un escándalo que caerá sobre ti...

Fo'entin se quedó perplejo. Sentía profundo rencor contra su mujer que tan cruelmente había herido su vanidad, y empezaba á concebir acerbas dudas respecto á los móviles que guiaban á Raynaud, pues hacía tiempo que ya sabía á qué atenerse sobre los escrúpulos de Condottier. Luchaba entre el deseo de no complacer á Rosa y el ansia de conocer las diversas causas ocultas que provocaban la repentina hostilidad de Condottier contra Raynaud. Además, una vaga aprensión de que la opinión le juzgase severamente le turbaba. Con frialdad examinó las razones que tenía para seguir ó rechazar el consejo de su mujer. La curiosidad y la inquietud le decidieron, y resuelto dijo:

—¿Quieres que intervenga? Pues bien, lo haré. Ahora mismo voy á casa de Condottier.

Rosa no le dirigió siquiera una palabra de aprobación. Inclinó la cabeza, y nada más.

El Marqués, hablando con La Bréde y Tremblay, se ocupaba en los preparativos del encuentro. Había sacado de un armario una caja de pistolas, y las examinaba con la atención propia de un inteligente.

— Las más pesadas son mejores — dijo La Bréde.—Pero te aconsejo que elijas las más ligeras. Con doble carga de pólvora y la bala bien apoyada hay un setenta y cinco por ciento de probabilidades para que todo acabe bien...

-Precisamente por esto elijo las otras...

-¡Ah! ¿Tienes proyectos sanguinarios?

- -Raynaud, con su aspecto puritano me molesta...
  - -¿Piensas que querrá matarte?
  - -Podría ser.
- -Hablemos formalmente. ¿Vamos á presenciar una catástrofe?
- —Si mi adversario llega á aceptar la espada hubiese podido contestarte, pero con la pistola no sé nada de lo que pasará.
- -Raynaud es grueso, tú eres delgado como un junco. Tienes probabilidades.
- -Es posible que mi adversario tire bien. Ralph Evans tiene fama de ser un tirador de primera fuerza.
  - -Pero, hombre, no te bates con él.
- —Es muy raro que el compañero de un buen tirador no sea buen tirador también; y así como La Bréde y Tremblay sois dos escopetas de primera, Evans ha podido enseñar á su amigo á tirar á pistola. Pero eso no me preocupa, al contrario...

-Lo derribarás como á un muñeco.

El ayuda de cámara, que llegó á decir misteriosamente á su dueño que el barón de Rocher deseaba hablarle, interrumpió la conversación.

-Folentin-exclamó el Marqués.- Que entre, no estará de más.

Él mismo se dirigió á la puerta, y abriéndola dijo:

—¿Cómo? ¿A la hora del correo? ¿Qué sucede? ¿Arde la Bolsa? ¿Viene usted á buscarnos para que salvemos sus papeles?

-No. Deseo hablarle del encuentro que se prepara...

Y con la mano señaló las pistolas que estaban sobre la mesa.

- —Bueno, pues hable libremente—dijo el Marqués en tono de burla.—La Bréde y Tremblay son mis padrinos y conocen el asunto...
  - -Conocen lo que usted les ha dicho.
  - -¿Hay algo más?
- -Eso es lo que si usted quiere vamos á examinar los dos.
- —¡Cuánta gravedad! Almaviva adopta aires de Bartolo.

Folentin frunció el entrecejo. La entonación que Condottier daba á sus palabras, y que le había molestado desde el primer momento, empezaba á irritarle. Volviéndose hacia La Bréde y Tremblay, les dijo:

- —Amigos míos, les ruego que me dejen solo con Condottier unos instantes. Tengo que hablarle de un asunto muy delicado y que exige la mayor discreción.
- -Fumad un cigarro en el jardín-dijo el Marqués, ofreciéndoles una caja de habanos. Soy con vosotros al momento.

Dirigiéndose à Folentin le señaló una silla.

-Siéntese y suelte sus confidencias.

Folentin adoptó una actitud imponente, y mirando con severidad à Condottier, dijo:

-Marqués, ¿afirma usted que no se bate con

Raynaud por causa de mi mujer?

Condottier hizo un gesto de enojo, y devolviendo á Folentin la mirada severa con otra de tristeza, replicó:

-¿Qué le puede importar à usted eso?

-Mucho.

-Desde hace poco tiempo, ¿verdad?

—Desde hace poco ó mucho tiempo, yo le rue-

go que me conteste.

—Lo toma usted de una manera que no me puedo negar á satisfacerle. Es en efecto cierto que el señor Raynaud y yo estamos en desacuerdo á causa de la Baronesa.

-¿Porqué?

El rostro del Marqués expresó el mayor asombro.

-¿Porqué? ¿Me pregunta usted porqué?

-Sí, pregunto porqué.

-Pues bien, querido-dijo tranquilamente el Marqués-, porque los dos la queremos

-¿Y se atreve à decirme semejante cosa à mi mismo?-exclamó Folentin.

-En lo que à mi se refiere se lo he dicho ya tantas veces à su mujer, que no sé cómo repetírselo. Pero si quiere usted aceptar la comisión, se lo agradeceré mucho.

-¿Se burla usted de mi?

-De ningún modo-replicó Condottier con la

mayor sangre fría.—Quiero á su mujer como quería á Rosa Prévinquieres. Usted sabe perfectamente que la he querido siempre, y cuando usted me la quitó hace tres años, no ignoraba que la quería. ¿De qué se asombra hoy?

-Caballero, la situación no es la misma.

-Sin duda-dijo el Marqués con amargura. -Á quien yo quería era à su mujer. Usted se casó con ella por vanidad, para vencerme y aumentar su gloria, y sin preocuparse del dolor que yo había de experimentar. Ese día me hizo usted traición del modo más villano, pues yo había puesto mi confianza en usted y le había encargado que defendiese mi causa. ¿Cómo cumplió la misión? ¿Quiere que lo recuerde? Usted aportaba su gran fortuna. Ella lo sabía y aportaba la gracia particularísima de su seductora naturaleza, la firme voluntad de llegar à ser una de las reinas de la moda. Los dos querían brillar, y en un instante ella me dejó después de haberme hecho concebir esperanzas, y usted me hizo traición cuando yo le había confiado la custodia de mi felicidad. ¿Manifiesta hoy asombro cuando le declaro con franqueza que ni un momento he dejado de querer á su mujer? Perdón, querido; ¿les dí mi corazón como regalo de boda? ¿No estaba ya en mi pecho y tenía yo poder bastante para hacerle cesar de latir cuando Rosa Prévinquieres se convertía en baronesa de Rocher en

vez de convertirse en marquesa de Condottier? Eso ya serían demasiadas exigencias.

Folentin, completamente desconcertado, hizo un esfuerzo para recobrar su aplomo.

—Todo esto no explica—dijo—que comprometa usted á mi mujer con un duelo que será público...

—¿Acaso no es público todo lo que hace desde hace tres años? En los periódicos se habla de su mujer como de todas las mujeres de mundo. Pertenece á la publicidad porque se ha propuesto cautivar la atención. En reseñas de bailes, carreras, exposiciones, representaciones, ventas, en todas partes, y siempre se habla de ella. Pues bien, se hablará una vez más. ¿Y después? La gloria se paga. Cuando se es una de las favoritas del reclamo, seria ingratitud ocultarse en el momento más interesante.

—Ya veo el fin que usted se propone—exclamó encolerizado Folentin.—Quiere comprometer à Rosa lo bastante para separarla de mí.

—¿Separarla de usted? Usted se burla. Hace mucho tiempo que lo está. Una mujer tan inteligente como ella no podía tardar en saber á qué atenerse con respecto á un hombre como usted. No se preocupe, Folentin; hace tiempo que todo ha terminado.

-Entonces, ¿por quién se empeña esta partida?-preguntó Folentin, que hacía esfuerzos para recobrar la posesión de sí mismo. —Querido, no tengo porqué ocultarle nada. Nunca me conduje como usted, hipócritamente. ¿Quiere saber quiénes son los que hacen rodar la bola? Pues el Sr. Raynaud y yo.

-¿El Sr. Raynaud?—repitió Folentin estupefacto.

—Pero, ¿de dónde sale usted?—dijo el Marqués −¿Aún no sabe que el antiguo empleado de Prévinquieres está locamente enamorado de su mujer? La quiso como yo, siempre.

Miró al banquero con piedad, y repuso:

— Mire que no figurarse nada de lo que sucede... Pero, ¿para qué diablo le sirven los ojos? Fuera de sus halagadoras ocupaciones, ha tenido usted tiempo de examinar la comedia que se representaba á su alrededor. Después de tres años de flirteos, coqueterías, citas y apretones de manos, es usted tan inocente como un niño recién nacido.

-¡Raynaud y usted!-repitió Folentin.-Lo de usted lo sabía, pero no le tenía miedo.

-Muchas gracias.

-¡Pero Raynaud!

—Sí, Raynaud. A ese no le gusta flirtear, es sincero. Ama y eso le basta. No pide nada en cambio, y si todo el peligro estuviera en él podríamos dormir tranquilos, pero está de por medio Rosa, y la cosa varía.

-¿Ella le quiere?

-Es tan fantástica y voluble, que hay para dudar. Los síntomas son terribles. El otro día, cuando llegó él á mi casa, se puso de un modo que, vamos, Folentin, eso es más amenazador para su dignidad conyugal que todas mis tentativas, que no han dado ningún resultado, lo confieso sin pizca de vanidad. Valentín es el enemigo terrible, y por esta causa, no por otra, estaremos frente à frente dentro de un rato. ¿Era esto lo que usted me venía à preguntar? Pues ya está enterado, ya sabe usted lo que quería saber.

Folentin permaneció un rato abstraído en reflexiones que seguramente no eran risueñas. Luego levantó la cabeza y dijo.

—Usted estaba encerrado con mi mujer cuando Raynaud llegó. ¿Los vió à ustedes?

-Hundió la puerta.

—De modo que à sus ojos, la ofensa que usted me ha inferido es palpable...

−¿Ahora piensa usted en eso? – dijo Condottier riendo.—Siempre el mismo. En el momento que la casa está ardiendo, se preocupa usted de que haya cristales rotos ¿Quiere usted provocarme cuando trabajo para desembarazarle del hombre que más le molesta?

-Seguramente no lo hace usted por mí.

-Claro que no. Pues no faltaría más. Obro por mi cuenta y no retrocederé ante nada. Odio á Raynaud, que es todo lo contrario de lo que soy, y siento que me odia. Tranquilícese, Folentin; la liquidación, como usted dice en la Bolsa, se hará sin que tenga usted que intervenir en ella. Cuando sepa lo que corresponde à Raynaud ó à mí, obrará como quiera ó como pueda, porque en ese momento será preciso contar con su mujer, cosa algo dificil...

-¿Qué prepara? ¿Qué quiere?

-Por el momento quiere impedir que Raynaud y yo lleguemos à batirnos. Confiese que ella misma le ha enviado.

-Si.

-¡Ve usted! Su diplomacia, por ser hostil, no es menos clara. Seguramente tiene la vaga esperanza de que de una explicación entre nosotros saldrá un lance que desviará el riesgo que corre su favorito.

-¡Cómo! Cree usted...

-La situación sería entonces muy sencilla. Si yo salía bien, ella quedaría tal vez viuda, y entonces, libre de mí, matador del hombre por quien vestiria luto-color que le va muy bien al rubio de su pelo-me arrojaría de su presencia y al año se casaría con Raynaud. Si por el contrario-nadie sabe lo que puede suceder-, usted me hacia morder el polvo, entonces, llena de horror por el que había vertido mi sangre, se separaría para siempre de usted, y un buen divorcio daría el mismo resultado.

-¿Piensa casarse con Raynaud?

-Sí, y ¿cómo no pensarlo? Ese muchacho es un héroe de novela. Es un ser noble, desinteresado y prodigiosamente millonario. ¿No conoce